

EL NOMADISMO GLOBAL DE SERGIO PITOL

Monika Dąbrowska

Con su vida errabunda, con la poética transnacional y las interacciones culturales con países europeos que impregnan su obra, el autor veracruzano ejemplifica el paradigma del escritor “extraterritorial” postulado por Steiner: el fenómeno del autor políglota, pluricultural...

En el contexto actual de la literatura globalizada, cultivada por la generación del cambio de siglo, habituada a los desplazamientos y estancias extranjeras, me parece particularmente interesante evocar a Sergio Pitol y su nomadismo literario. Con su vida errabunda, con la poética transnacional y las interacciones culturales con países europeos que impregnan su obra, el autor veracruzano ejemplifica el paradigma del escritor “extraterritorial” postulado por Steiner: el fenómeno del autor políglota, pluricultural, que no solo viaja a otros países, sino que se adentra en su lengua y su cultura y allí produce su obra. Fernando Aínsa habla de la “condición nómada” de las últimas generaciones refiriéndose a los escritores latinoamericanos “globalizados”, que residen y escriben fuera de sus países de origen (Steiner 2002; Aínsa

2012). En las últimas décadas los desplazamientos cobran cada vez más importancia y conllevan múltiples consecuencias, también literarias.

Sergio Pitol se adelanta a estas prácticas. Contemporáneo de los autores del *boom* literario, con experiencia parisina y barcelonesa como Cortázar, Vargas Llosa o Fuentes, Pitol recorre sus vivencias internacionales y se esfuerza en innovar su escritura por caminos distintos. Gracias a su trayectoria y la práctica narrativa de reescritura y fragmento puede considerarse antecesor de los nómadas globales de las generaciones siguientes, como Roberto Bolaño, Rodrigo Rey Rosa, Jorge Volpi, Juan Villoro, Rodrigo Fresán y tantos otros. El nuevo nomadismo global es un fenómeno de gran actualidad, como lo es también el renovado interés por lo particular, la tendencia *glocal* (Mora 2014).

Ambos movimientos tienen en Pitol a su pionero.

Perder países: el nomadismo existencial de Pitol

Sergio Pitol es un viajero incesante. Su vida se caracterizó por una amplia y prolongada movilidad geográfica. Desde que salió de México hacia Europa a bordo del barco *Marburg* el verano de 1961, su estancia fuera del país se prolongaría durante casi tres décadas. El autor mexicano vivió desde entonces en varios países europeos: Italia, Polonia, Francia, Inglaterra, España, la antigua Yugoslavia y Checoslovaquia; su trayectoria vital lo llevó hasta Rusia y China. Pitol experimenta una enorme e imparable necesidad interior de viajar, alimentada en parte por las lecturas. Él mismo reconoce el papel de los libros en fomentar su interés por conocer nuevos países. Moverse y extraviarse es para él una experiencia existencial.

Este hecho biográfico no quedó al margen de su actividad literaria, todo lo contrario: los viajes, la errancia, el (voluntario) desarraigo, fueron componentes esenciales de su escritura. Desde el inicio unirá la experiencia viajera con los descubrimientos literarios. El tránsito fue un poderoso impulso para la creación.

Para mí el movimiento físico, es un estímulo brutal; todas mis cosas han sido escritas siempre en algo que se mueve: en viajes largos por tren, por barco, y aun en los tranvías. Me gusta escribir durante el desplazamiento, mientras todo va cambiando a mi alrededor (Harro 1966, 6).

Sin los continuos desplazamientos, acercamientos y fugas, la obra de Sergio Pitól no tendría la forma que tiene.

En el momento actual, donde la categoría de nomadismo, comentada por Deleuze y Guattari, caracteriza la literatura posmoderna más allá de las categorías nacionales donde cobra protagonismo la vida errante señalada por Maffesoli, la figura del escritor nómada en Pitól adquiere un significado distinto del intelectual cosmopolita latinoamericano y participa en el cambio de paradigma que se opera con los procesos de mundialización. Nomadismo y errancia, con lo que sugiere el segundo vocablo de vagar y desviarse, son conceptos que se podían aplicar a la trayectoria personal y artística de Pitól.

Viajar y escribir: el nomadismo literario

Habitualmente en la obra de Sergio Pitól, incluidos los cuentos y novelas, aparece el motivo del viaje. Sus personajes, normalmente mexicanos, acaban de llegar a algún país extranjero o están a punto de trasladarse a otro lugar. Los textos de *El mago de Viena*, *El arte de la fuga* y *El viaje*, reunidos en la llamada *Trilogía de la Memoria*, evocan una sucesión de recuerdos de lugares y vivencias en topografías muy amplias. El narrador pitoliano se traslada con una frecuencia



Melodía

excepcional; el cambio de escenarios, de ciudades, es un *continuum* en su narrativa. No frecuenta los lugares comúnmente visitados, se guía por el propio gusto e intereses. Elige destinos poco frecuentados por otros escritores de su continente: Varsovia, Praga, Moscú, Georgia, Tbilisi. En su escritura hay hoteles, librerías, estaciones de trenes, aeropuertos, cafés italianos o bares polacos, museos literarios en Moscú y ópera de Pekín, una boda en Asjabad y un festival de cine en Tashkent. Normalmente viaja solo, siguiendo las exigencias de su individualismo y sus intereses literarios.

En este contexto resultan significativos sus desplazamientos a Polonia, la antigua Checoslovaquia, Rusia, Georgia. Este itinerario indica cómo el autor se guía por la brújula de sus intereses propios, no por la moda. Revalorizando la tradición supuestamente periférica o secundaria –las literaturas de la parte eslava de Europa o de las repúblicas caucásicas de Georgia y Armenia (cuyo conocimiento para el narrador se “vuelve una obligación literaria”)–, el autor no solo ensancha las geografías de la narrativa latinoamericana, sino que a la vez reta las jerarquías culturales establecidas.



Contemplando el eclipse

Explorando los escenarios praguenses, moscovitas, georgianos o varsovianos realiza una revalorización de las capitales europeas. Con su visible predilección por el Este europeo desafía la división entre centro y periferia, tan cuestionada hoy en día.

En nuestro mundo en movimiento cambian los modos de viajar y, por ende, la manera de escribir sobre las experiencias de tránsito. Ante los retos del mundo interconectado, el género viático experimenta hoy en día transformaciones y búsquedas. Los elementos del relato viajero en la prosa de Pitol conectan con la corriente de la literatura viajera posmoderna, de mucha vitalidad en las últimas décadas. Estas coordina-

nadas de la literatura viajera actual son el telón de fondo donde se proyectan *El arte de la fuga* y, sobre todo, *El viaje*. Examinar en ese contexto los relatos de sus estancias europeas (y asiáticas) permite anotar interesantes similitudes con los relatos de viaje actuales, representados más recientemente por *El viajero más lento* de Enrique Vila-Matas, *La piel de La Boca* de Jorge Carrión o *Cómo viajar sin ver* de Andrés Neuman.

La “gramática del viaje” en la narrativa pitoliana se acerca a los rasgos de viaje posmoderno, con sus hibridaciones, transgresiones de género, textos fronterizos, multiplicidad espacio-temporal, escritura fragmentaria a modo de un *collage* intertextual. El lector de *El*

viaje pronto advierte que no está delante de un clásico libro de viaje. Lo denota la primera frase de la narración, que ilustra la motivación literaria de sus andanzas. Aunque el narrador se desplaza, la importancia primordial la adquiere la (propia) escritura. Es un texto generado más a partir del texto anterior propio. En realidad, el texto habla de varios viajes, en distintas épocas, que realiza a través del pasado personal y de la historia de los lugares que visita. Así lo expresa visitando Tbilisi:

Hoy inicié el recorrido, empecé a tocar los estratos que lo componen, una operación constante de construcción y deconstrucción mental, un viaje a través de varias capas culturales que se han superpuesto en la región, dejando vestigios de lo que ha sido (Pitol 2007, 412).

Otro rasgo que Pitol comparte con la literatura viajera actual es su forma de *collage* intertextual, la poética de fragmento y de reescritura que fracciona la realidad. El narrador de *El viaje* no solo lee y escribe; dialoga con otros autores y compone su propio relato con los fragmentos de sus textos, efectuando una especie de *remake* literario posmoderno. En el tejido de la obra introduce las biografías o cartas de Méyerhold, Tsvietáieva, fragmentos de *La verdadera vida de Sebastian Knight* de Nabokov y de *Caoba* de Borís Pilniak, las citas de Rilke, Canetti, Prishvin. Consigue así una pluralidad de voces, experiencias, discursos.

Pitol, el niño ruso: el nomadismo intercultural

En último término, para completar la vigencia del legado viajero de Pitol, es preciso poner de ma-

nifiesto el vínculo con culturas extranjeras, que crea a través de sus vastas lecturas, la propia escritura, pero también desarrollando una considerable labor como traductor de la literatura inglesa, italiana, polaca y rusa. Los múltiples desplazamientos le permiten embeberse en la cultura literaria de los países que iba conociendo. Al descubrir Europa, y después Asia, se interesa vivamente por los países en los que se adentra, su cultura, su pasado y, por supuesto, su vida literaria. El mismo eligió esta lejanía y la agradece, porque le permite gozar “de una libertad jamás soñada” (Pitol 2005, 227).

Los horizontes literarios de Pitol van mucho más allá de los nacionales. Guiado por el “instinto” personal, se mueve con libertad por las lecturas que descubre. Lee y traduce tanto a los clásicos como a los de vanguardia, poniendo en práctica un programa de apertura cultural y atracción por la alteridad. Su interés por las tradiciones y estilos literarios distintos lo llevó a adentrarse en autores hasta ahora desconocidos en México, como Ford Madox Ford, los italianos Luigi Malerba y Giuseppe Berto, los polacos Kazimierz Brandys y Jerzy Andrzejewski. En las tradiciones, muchas veces consideradas marginales, busca las referencias para su lenguaje y estilo. Esta actividad alimenta su escritura ocasionando cruces de tradiciones, trasvases de nuevos autores, obras y estéticas. De ahí las numerosas correspondencias de sus creaciones con otras literaturas europeas, especialmente con las letras rusas y polacas.

Eso puede llevar a pensar que Pitol es un escritor cosmopolita, desvinculado de su procedencia; que los nuevos intereses y actividades aflojaron en él los lazos con México. Y no sería una opinión cierta. Durante su periplo europeo Pitol nunca dejó de interesarse por

las cosas mexicanas. En su narrativa no deja de evocar los escenarios veracruzanos, recordar el ingenio de Potrero, ni de reaccionar ante los acontecimientos que configuran la historia reciente de su país: la masacre de Tlatelolco o el conflicto en Chiapas. Precisamente el alejamiento le permitió descubrir la propia tradición. “Fue en Europa donde tuve una necesidad interior de conocer la historia y la literatura de México, desde las Crónicas de la Conquista hasta las últimas corrientes” (Pitol 2011, 15). Al mismo tiempo, en su necesidad imperiosa de conocer otras culturas, hay una voluntad de hacerse connatural con ellas y a la vez llegar al propio yo más íntimo.

Resultado emblemático, en este sentido, el emotivo episodio con que cierra *El viaje*, titulado “Iván, niño ruso”. Un recuerdo de la infancia, el rostro de un niño con rasgos orientales con el que el narrador se identificaba de pequeño, evocado ahora, a punto de dejar Moscú, es fuente de sobrecogimiento al descubrir ese vínculo íntimo con el país visitado. Esa vivencia le descubre el secreto que anida en su existencia, es una brecha por la que percibe la trascendencia, el misterio del propio destino.

El Maestro de Xalapa reflexiona sobre la identidad latinoamericana, por ejemplo, en su ensayo “El imaginario literario y las identidades”. “¿Qué causas –podría uno preguntarse– obligarían a un escritor a abandonar su país por varios años –o por el resto de su vida– y qué conexión se establece entre el destierro y la creatividad literaria?”, se pregunta al inicio (2002, 15). De hecho, este breve texto es un homenaje a Alfonso Reyes. En *Una autobiografía soterrada* declara: “Defiendo la libertad para encontrar estímulos en las culturas más variadas”. Y añade: “pero estoy convencido de

que esos acercamientos solo son fecundos donde existe una cultura nacional forjada lentamente por un idioma y unos usos determinados” (Pitol 2011, 120). Finalmente anota esta reflexión:

Nos parecería ridículo que alguien se sentara a la mesa de trabajo con la conciencia de ser un escritor colombiano, brasileño o mexicano. Eso ya se da por sentado y en el fondo ni siquiera importa, puesto que en el instante de escribir lo único que ha de saber, lo que cuenta de verdad es que su patria es el lenguaje (121).

Dentro del afán de situar a las letras de América Latina en un horizonte internacional, a Pitol le interesa, invariablemente, mirar hacia México como horizonte de sentido. Sabe desarrollar una estética literaria que posibilita conectar con las tendencias y tradiciones globales, sin abandonar los contextos claramente locales y con un acento muy personal. Tras un largo itinerario europeo el escritor regresó a casa. Es cosmopolita en sentido positivo, humboldtiano de la palabra. Puede ser un referente para una identidad latinoamericana en movimiento, que intenta redefinirse en los nuevos contextos del mundo global.

Coda

La internacionalización de la escritura latinoamericana fue postulada posteriormente por los movimientos literarios como *McOndo*, los integrantes del *Crack* o los *babélicos* argentinos. No sin motivo los autores del *Crack* reivindican a Sergio Pitol como el escritor universal, “menos mexicano”, que abogaba por la literatura abierta a otras tradiciones. Tanto ellos, como Mario Bellatin en *El libro uruguayo de los muertos*, Rodrigo Blanco Calde-



El beso

rón en *The Night* evidencian que la figura de Pitól representa en este sentido un fenómeno particular. El autor de *El mago de Viena* es un escritor mexicano muy europeo y muy eslavo, sin duda. En esa línea, Jorge Volpi se pregunta qué significa hablar de literatura “hispanoamericana” actualmente. En su texto “Narrativa hispanoamericana, Inc” se hace portavoz de la polémica sobre la existencia de los patrones de “lo hispanoamericano” entre los nuevos narradores de la región. Tampoco es casual que le dedique ese trabajo a Sergio Pitól.

No puede dudarse de la conexión entre su legado y los

narradores mundializados, transterritorializados, los nuevos nómadas de la era global, que en él encuentran su inspiración. La pertinencia de su recorrido y la singularidad de su voz narrativa cobran especial interés en la era de la globalización. Creo que el enfoque propuesto proporciona nuevas coordenadas para ubicar y entender su obra literaria, especialmente hoy, cuando nos preguntamos por la pertinencia de su legado. **LPyH**

REFERENCIAS

Aínsa, Fernando. 2012. *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia,*

Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. 2004. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.* Traducido por José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta. Valencia: Pre-Textos.

Harro, Blanca. 1966. “Un mexicano en Varsovia”. *Excélsior. Diorama de la Cultura.* México.

Maffesoli, Michel. 2000. *Del nomadismo. Per una sociologia dell'erranza.* Milán: Franco Angeli Edizioni.

Mora, Vicente Luis. 2014. “Globalización y literaturas hispánicas: de lo posnacional a la novela glocal”. *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos* 2: 319-343.

Pitol, Sergio. 2002. “El imaginario literario y las identidades”. *La Palabra y el Hombre* 122: 15-21.

—. 2005. *El mago de Viena.* Valencia: Pre-Textos.

—. 2007. *Trilogía de la Memoria.* Barcelona: Anagrama.

—. 2011. *Una autobiografía soterrada. Ampliaciones, rectificaciones y desercalizaciones.* Barcelona: Anagrama.

Steiner, George. 2002. *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística.* Traducido por Edgardo Russo. Madrid: Siruela.

Volpi, Jorge. 2008. “Narrativa Hispanoamericana, Inc”. En *Entre lo local y lo global: la narrativa latinoamericana en el cambio de siglo.* Editado por Jesús Montoya Juárez y Ángel Esteban. Madrid: Iberoamericana.

Monika Dąbrowska es doctora en Literatura por la Universidad de Varsovia y docente en la Universidad CEU Cardenal Herrera en Valencia. Realizó estancias de investigación en la UV y postdoctoral en la Universidad de Salamanca. Se especializa en la narrativa hispánica actual.